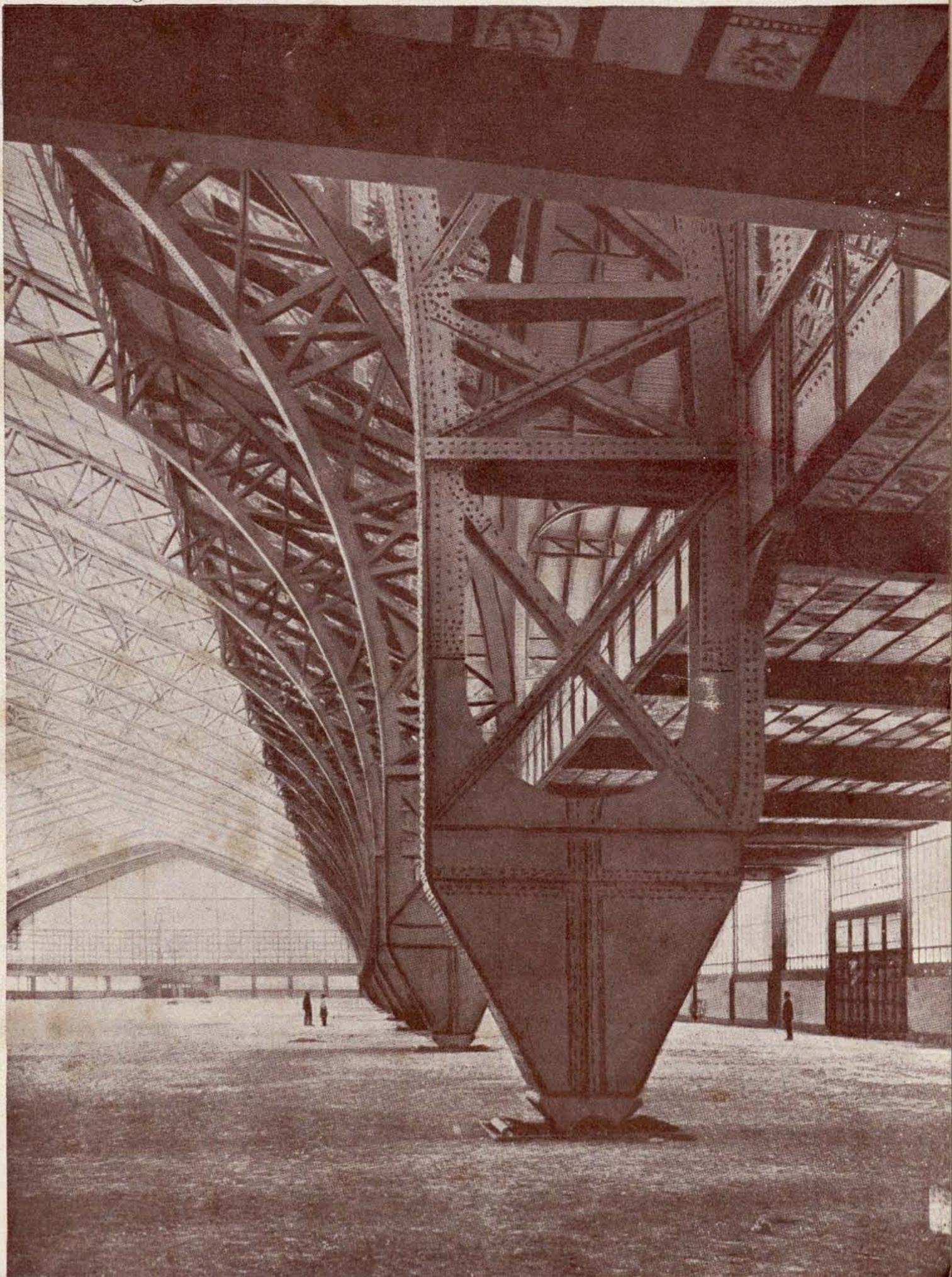


TIEMPOS NUEVOS

REVISTA QUINCE-
NAL ILUSTRADA



Jon

Número 46

TIEMPOS NUEVOS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ECONOMÍA COLECTIVA
MUNICIPIO Y PROVINCIA
LEGISLACIÓN SOCIAL
PROBLEMAS AGRARIOS
TRANSPORTES
ESCUELAS
ARTE Y TURISMO
SEGUROS Y COOPERACIÓN



Toda la correspondencia debe dirigirse a

MARIANO ROJO

Gonzalo de Córdoba, 14, 1.º izq. - Teléfono 46661

MADRID

Precios de suscripción:

Año 24 psetas

Semestre 14 —

Trimestre 7,50 —

Número suelto, 1,50 ptas.



Las cosas que hacían las hadas...

... las cosas que se hacían solas en los cuentos de nuestra niñez, ahora las hace, como por manos de hadas, LA ELECTRICIDAD

Le interesa a usted conocer todas las aplicaciones que tiene la electricidad en los menesteres del hogar y de la oficina, porque cada una de ellas representa más economía o mayor comodidad. Sin perder tiempo, puede usted conocerlas todas, tan sólo con visitar la exposición completa que tiene instalada

Unión Eléctrica Madrileña

en Madrid: Avenida Conde de Peñalver, 23 (Gran Vía)

LA EXPOSICION DE MUEBLES NUEVOS M. MALDONADO, CONSTRUCTOR

VARIEDAD ~

~ SOLIDEZ

Inmenso surtido en camas de hierro y bronce - Mobiliario para oficinas - Material escolar

DESPACHOS - COMEDORES - DORMITORIOS - TAPICERIA MODERNA (gran confort)

PRECIOS DE VERDADERA ECONOMIA

Talleres: CONDE-DUQUE, 48
Teléfono 42006

~ MADRID ~

Despacho: LEGANITOS, 4
Teléfono 15294

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25
DE CADA MES

TIEMPOS

NUEVOS

Fundador:
ANDRÉS SABORIT COLOMER

Redacción: GONZALO DE CÓRDOBA, 14 - Teléfono 46661

Patriotismo contra bienestar

17 JUL 2009



POR qué la depresión económica parece producir en todas partes, menos en los países de habla inglesa—y aun en éstos en cierto grado—, fuertes tendencias antidemocráticas o nacionalistas, que se manifiestan, ora en España, o en la América española, por revoluciones militares; ora en Alemania por nacientes movimientos hacia la dictadura, o en Polonia por una dictadura efectiva, como la dictadura italiana siguió al derrumbamiento económico? Como un observador hizo notar, hace algún tiempo, «Europa ha arrojado a la democracia por la borda», otro observador, noticioso de la tendencia, predijo: «En cuanto el nivel de los precios descienda otros 20 enteros, veremos a Europa dividida entre dos dictaduras: fascista y comunista.»

Pero ¿por qué? ¿Por qué las clases medias sensatas de un país como Alemania, que es lógico suponer que deseen sobre todas las cosas la estabilidad y seguridad en política, después de haber visto la riqueza y hasta la misma existencia de su orden casi destruídas por el nacionalismo militarista, se vuelven, como remedio para la ruina así producida, al hitlerismo, una forma de nacionalismo militarista más feroz y más irresponsable que la recientemente rechazada del káiser y sus satélites? ¿Es que se cree realmente que el tipo

La fotografía de la cubierta representa la nave que contenía la sección de maquinaria de la Exposición de París celebrada en 1889.

oooooooooooooooooooooooooooooooo

de demagogía que trae consigo el hitlerismo—mussolinismo antisemítico de clase imitativa y superficial—puede encargarse de la inmensa complejidad de la situación que la guerra ha dejado en Alemania?

¿Por qué la depresión económica ha de exacerbar el nacionalismo, como parece indudable?

Este es el caso de Alemania, donde parece haberse producido una curiosa degeneración psicológica (1). El movimiento nazi vuelve a amenazar ruidosamente; se multiplican las huelgas; las dificultades económicas adquieren un carácter más agudo. Casi en todas partes se oye en el país predecir «la revolución para la primavera», o crisis que pueden surgir repentinamente en las relaciones con Polonia o con la Liga de Naciones sobre el desarme. Precisamente en la ocasión en que por primera vez en diez años empieza a tomar cuerpo la idea de una Conferencia del Des-

arme, el pueblo parece haber perdido repentinamente la paciencia y descubierto una tendencia, que ha esperado durante diez años, a una pugnacidad algo petulante, a veces sobre detalles tan fútiles como el de si la fecha ha de fijarse en unas semanas antes o después. Por supuesto, hay un movimiento para destrozarse la Liga de Naciones, retirándose de ella, por volver a la antigua anarquía.

En el Extremo Oriente la reconstrucción de la sociedad desde el fondo se prosigue en espasmos de energía casi maniática; y parece que hay, por fin, una probabilidad de que esta experiencia tenga éxito en el lado material, a costa del abandono de la libertad moral e intelectual. Esto, que en otras circunstancias sería motivo de regocijo, pues ilustra lo que es posible hacer en el camino de la reconstrucción económica y descubre los moldes en que debe volver a fundirse la sociedad, en las actuales circunstancias de inquietud en el Oeste se convierte en un factor adicional de miedo; miedo de que en esta época de pobreza e incertidumbre, cuando hay tantos descontentos y perturbadores, algún triunfo de Moscú pueda significar una señal para que algunos de estos descontentos derriben las columnas y produzcan un caos formidable, con objeto de volver a edificar sobre las ruinas.

En el otro hemisferio del mundo, en América, la adversidad no parece haber

(1) Escrito en el otoño de 1930.

producido un cambio beneficioso en la actitud del público en general hacia la cooperación con la civilización en conjunto. El movimiento hacia la afiliación al Tribunal Mundial, que, por fin, parecía a punto de triunfar, se ha detenido una vez más. Es tan fuerte como siempre la hostilidad hasta contra un fragmento de internacionalismo tan tentativo. Y mientras América se niega así a ayudar o fortalecer las instituciones de cooperación internacional, hace todo lo posible para fortalecer los instrumentos de nacionalismo, aunque se trate de un nacionalismo y de unos instrumentos que muy recientemente llevaron al mundo al borde de la ruina. La proposición de participar en el Tribunal Mundial levantó una oposición inmediata. Enorme, oral y escrita. El aumento de los derechos de aduana, la superación de las barreras económicas que ya existían contra el resto del mundo, la votación de enormes cantidades para construcciones navales, tenían detrás fuerzas tan poderosas, que el mismo presidente no pudo oponerse a ellas.

En lo que respecta a la Unión Europea, política o económica, los esfuerzos de M. Briand son recibidos casi en todas partes, y especialmente en Inglaterra, con escepticismo y hostilidad. Se atribuyen a este movimiento los motivos peores, no los mejores. Un gran periódico liberal llega a la conclusión de que M. Briand no pretende más que restaurar el Protocolo de 1924. (Ha llegado a convertirse en costumbre de muchos sectores sacar a relucir este documento como una especie de bandera política. Así como en América hubo una época en que bastaba decir «Doctrina de Monroe» para justificar cualquier política, por ofensiva y disparatada que fuera, ahora basta decir «Protocolo» para hacer surgir una vaga hostilidad y una sensación de peligro en la mente de millones de personas que jamás han leído el documento, que no podrían decir de qué se trata, y al que no han dedicado ni una hora de atención.)

No es sensato ni seguro cerrar los ojos ante las fuerzas que crean la confusión, el desamparo y el caos, ni quitar importancia a estas fuerzas. Mucho se ganará haciéndoles frente y examinándolas con espíritu crítico. Crítica y escepticismo es una actitud comúnmente recomendada al fácil optimista. Pero es igualmente indispensable para el fácil pesimista. Por supuesto, en estos momentos es obligación de todo ciudadano responsable e inteligente examinar fría y objetivamente las verdaderas razones de su pesimismo. Y este examen debe ir más allá que el mero conocimiento de los hechos, de los acontecimientos. Hay que llevar el análisis al punto de inquirir el porqué de

los hechos y el porqué de los acontecimientos.

Pongámonos momentáneamente en lo peor, e imaginemos que el escarmiento de la última guerra va a ser exactamente igual que el de las guerras pasadas en lo que respecta al progreso hacia el internacionalismo; que todos los esfuerzos están condenados al fracaso; que toda forma de federalismo o cualquier clase de unión política ordenada de las naciones es tan imposible como el pretendido «realista» está continuamente asegurándonos.

Supongamos, además, que la futura revolución alemana sigue los pasos de la rusa; que el comunismo alemán está apoyado por Oriente; que ambos movimientos consiguen formar un ejército que puede ser hoy uno de los mayores, si no el mayor instrumento militar en Europa; que esta Alemania haya olvidado completamente a la Liga de Naciones, como parece que el resto de Europa lleva camino.

Incluyamos también en esta animada predicción el inminente estallido del imperio británico, creencia que el realista encontrará muy justificada, mirando en dirección a la India. Pues es evidente que la represión puede resultar inaccesible a los recursos económicos de una isla cuyo comercio ultramarino camina lentamente hacia la desintegración; y cuando la India se separe de la autoridad británica, puede muy bien caer en el caos con que la China nacionalista e independiente de nuestra época nos ha familiarizado bastante. Y, si queréis, suponed también que el derrumbamiento monetario australiano es simplemente un anticipo de lo que ocurrirá en los demás Dominios; que el nacionalismo



Dispuestos a combatir a los socialistas, sin pensar en los procedimientos a emplear, los periódicos de derecha han lanzado a los cuatro vientos que el Ayuntamiento popular deshonraba la memoria de Lope de Vega quitándole su nombre a un grupo escolar. Pero no dicen — sería mucho pedirles que alguna vez expusieran la verdad — que no se ha hecho más que restituir a dicho grupo el nombre que tenía, y que al propio tiempo que se proponía esto también se indicaba que a uno de los grupos próximos a inaugurarse se le pusiera el nombre del Fénix de los Ingenios.

¿Cómo quieren estos señores ganarse la voluntad popular si no hacen más que recurrir a embustes, de los que tan desengañado está el pueblo español?

indio seguirá un nacionalismo negro, africano...

Todo ello puede suceder, y sin pretender aparecer como un profeta, puede decirse que ciertamente ocurrirá algo de esto, si hemos de aceptar las creencias del realista que se burla de todos los esfuerzos hacia la formación de un futuro internacional mejor que el pasado. Supongamos que todo ello hubiese ocurrido. ¿Cómo intentaría explicarlo el historiador del porvenir? Parte de sus razonamientos podrían explicarse así:

«Unos 300 millones de europeos ocupaban un territorio más conveniente a la habitación y la riqueza humanas que cualquiera otra parte del mundo conocido. No había en este territorio los grandes extremos que tanto influyen en el hombre. No tenían los habitantes la maldición de la fecundidad tropical que durante tanto tiempo fué un obstáculo opuesto por la Naturaleza al hombre. En ninguna parte de Europa tuvieron los europeos que luchar con dificultades como las que tuvieron que vencer los colonos en Norteamérica. (En mapas nada menos que de 1860, la mayor parte de lo que ahora constituye los Estados Unidos llevaba el rótulo de "el gran desierto americano".) La tierra y el agua están muchísimo mejor distribuidas para los objetivos humanos en Europa que en Norteamérica. El Mediterráneo europeo tiene accesos desde dos océanos, y jamás está cerrado por el hielo. El Mediterráneo americano tiene tales accesos y está obstruido por el hielo durante la mayor parte del año. No sería difícil trazar un cuadro de comparaciones en el que, aunque algunas ventajas correspondieran ciertamente a Norteamérica, la inmensa mayoría corresponderían a Europa.

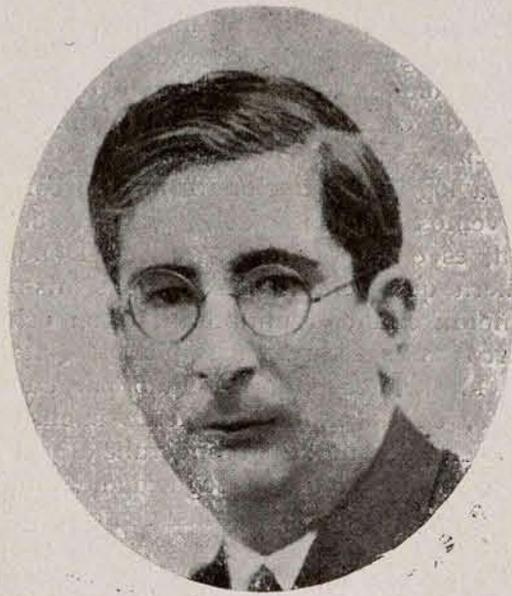
Por supuesto, nadie pretendió jamás que fueran físicos los obstáculos opuestos a la fecunda y pacífica explotación del suelo europeo. No hubo jamás la excusa de la escasez de riqueza natural. Si las herramientas que había creado su ciencia física se hubieran empleado hasta el máximo de su capacidad; si se hubieran aprovechado las ventajas de la división del trabajo, utilizando cada zona para el producto y para el propósito que le hubiere asignado la Naturaleza; si se hubiera emprendido la producción en gran escala, los europeos habrían podido casi enterrarse en riqueza. Algunos de sus mejores economistas, tanto comunistas como capitalistas, hablaron y escribieron de estas posibilidades. En verdad, dos hechos extraños surgen de la Historia. El primero es que en sus períodos de grave angustia económica había inmensas multitudes, millones de personas que permanecían ociosas, sin

nacer nada para aprovechar el terreno que habitaban, albergadas y sustentadas por las demás. El segundo hecho es que, apenas un país descubría cierta ventaja natural en la producción de algún alimento o material necesarios, de modo que se colocaba en situación de proporcionar estas cosas con más facilidad que otros países, éstos levantaban inmediatamente barreras artificiales para impedir la entrada de aquellos productos y privarse ellos de aquellas ventajas. Cuando la producción en gran escala abarató el alimento en Rusia, las demás naciones, presas del pánico y a toda prisa, prohibieron la entrada a aquel alimento, a fin de que ni una mínima parte de él pudiera llegar a sus hambrientas multitudes.

No fué, pues, la causa del desastre la escasez natural, ni la lucha darwiniana por la vida, ni la pugna biológica de poblaciones indefinidamente crecientes para disputarse las existencias lentamente decrecientes. Tampoco podemos atribuirlo a un fracaso moral, en el sentido de indolencia, falta de virilidad, degeneración o egoísmo personal, pues todas las guerras que produjeron la ruina de esta civilización se caracterizaron por un heroísmo sublime y un magnífico espíritu de sacrificio. Y no fué sólo en el campo de batalla donde pudo apreciarse el sacrificio y el heroísmo, sino también en el modo como la población civil sufría hambre y privaciones con el fin de asegurar la continuidad de las guerras. Tampoco puede decirse que interviniera la avaricia en la pasión que desplegaron los militantes nacionalistas en Francia, los nazis alemanes, los fascistas italianos, las innumerables minorías que aterrorizaban, asesinaban, luchaban y hacían propaganda por la mayor gloria de su nación. Por supuesto, la avaricia será la última explicación a que podamos recurrir, pues la Europa del siglo XX sólo tenía ante sí dos caminos: el que conducía a la Unidad y la Riqueza, y el que llevaba al Separatismo y la Pobreza. Deliberadamente eligió el camino de la Pobreza. Es difícil comprender cómo pueda la "avaricia" explicar una deliberada repudiación de la riqueza y una deliberada elección de la pobreza.»

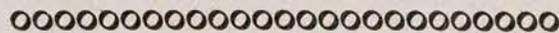
Podría añadir el historiador—y parecería una conclusión razonable—que el pueblo, sin el menor género de duda, prefirió la guerra a la riqueza, la satisfacción de los odios de tribu a la organización de una sociedad ordenada.

Sin embargo, nosotros, que «somos la Historia», sabemos que ésta sería una conclusión falsa. El pueblo no quiere la guerra. Ni tampoco, para el caso, la quieren los Gobiernos, aunque existe la



MARCELINO LOMÍNGO

Ministro de Instrucción Pública del Gobierno del Frente popular que ha promulgado un decreto creando más de cinco mil escuelas.



teoría, muy difundida, de que, con algún propósito bárbaro—e inexplicado—, los Gobiernos se dedican a arrastrar a la guerra a pueblos renuentes y probablemente inermes. Esta teoría popular de que los Gobiernos fomentan la política belicosa a despecho de sus pueblos merece un momento de examen.

Basta mirar los hechos. Elijamos a Francia, tan universalmente acusada de predilecciones guerreras. Dos tendencias, personificadas, respectivamente, por Poincaré y Briand, han caracterizado la política francesa desde la guerra: Poincaré ha representado el chauvinismo, el antigermanismo; Briand ha sido el internacionalista conciliador. Pero ¿cuál de los dos está más seguro del apoyo popular? En Francia, M. Poincaré ha representado la fuerza popular, mientras despertaba sospechas el patriotismo de M. Briand. Sólo con una gran astucia, dando a su internacionalismo conciliador un aspecto nacionalista en casa, ha podido M. Briand sostenerse. Veamos ahora el caso de Alemania. ¿De dónde viene en este país el peligro para la continuación de una política de pacifismo, de conciliación? De fuentes populares, de tendencias populares como las expresadas en el triunfo de los nazis en las últimas elecciones. ¿Y en Italia? ¿Es impopular el chauvinismo, el gesto del *duce* mostrando el puño a las demás naciones? Es precisamente por su popularidad en casa por lo que se dedica a los fuegos artificiales guerreros. ¿Y puede decirse que en los Estados balcánicos son impopulares los diversos movimientos irredentistas, tan preñados de con-

lictos? Examinemos en conjunto el nacionalismo agresivo en Europa: el movimiento es esencialmente un movimiento popular.

Pero, entonces, si el nacionalismo y el chauvinismo, con sus pugnacidades y odios profundos, sus prejuicios y su ruido de espadas, son fuerzas populares, ¿cómo puede decirse que el pueblo no quiere la guerra, si ésta es derivación lógica de aquéllos?

La respuesta a esta pregunta se acerca a lo que probablemente es la raíz de todo el mal: sencillamente, la masa no ve la relación entre una determinada actitud política y su inevitable resolución en guerra, ni el hecho de que la manifestación de ciertos estados de ánimo provocará inevitablemente en los vecinos estados de ánimo semejantes, que, a la postre, acabarán en la guerra. Un pueblo como el francés (aunque lo mismo puede decirse de los demás), sencillamente, no se da cuenta de que si las demás naciones aplican la política que él desarrolla como la cosa más natural, el final será la guerra. En este momento dice el francés: «¿Quién puede acusarnos de querer la guerra? ¿Hay algo que podamos ganar con la guerra? ¿No hemos sufrido con ella más que cualquiera otro pueblo del mundo? Sólo de mala fe puede acusársenos de tener intenciones belicosas. Estas acusaciones son sólo la máscara del deseo ajeno de transformar lo que ya está afirmado, de llevar nuevamente a la fragua el *statu quo*, de despojarnos de los frutos de estos ajustes. La preponderancia del poder por nuestra parte es, por tanto, una garantía de paz; es una preponderancia que debemos mantener.»

Pero el mantenimiento del *statu quo* supone el mantenimiento de ajustes impuestos por la fuerza de la espada, injustamente, en una pasión de desquite. En el pasado, Francia ha tenido a gran honor el haberse negado a aceptar tales ajustes, disponiéndose a corregirlos, colocando «la justicia antes que la paz», rechazando de plano la preponderancia de los demás como cristalización permanente de la injusticia.

¿Por qué, entonces, pretende que los demás acepten permanentemente un estado de cosas que ella se negaría a aceptar, que no ha aceptado en el pasado?

Porque tal es la naturaleza del nacionalismo y de los impulsos nacionalistas en todas partes y en todas épocas. La imparcialidad, la suposición básica de que las otras naciones son iguales que nosotros y obedecen a motivos semejantes, teniendo los mismos derechos que nosotros, es la negación misma de la esencia moral del nacionalismo, que significa exclusión, partidismo en favor

nuestro, lealtad a nuestra nación (sea cual fuere la cosa que haga o reclame), no lealtad a un principio abstracto, que, lógicamente aplicado, debe alguna vez colocarnos al lado de los extranjeros contra nuestra nación.

Mirad la historia de los pueblos irredentos como la cuentan los mapas de Europa anteriores y posteriores a la guerra. Antes de la guerra teníamos pueblos como los italianos, los polacos, los bohemios, los eslavos del sur, que clamaban al cielo con sus denuncias del ultraje moral, de la infamia de obligar a un grupo nacional a vivir sometido a un gobierno que no era el suyo. ¿Creían estos nacionalistas en los principios que tan apasionadamente defendían? La sola duda habría sido para ellos una ofensa; estaban absolutamente seguros de su sinceridad. Nos habrían dicho que defendían el derecho simple y absoluto contra la injusticia absoluta, que juzgaban la cuestión objetivamente, que no atendían a las circunstancias.

Mas, en realidad, no creían en nada de esto. Porque, cuando llegó la oportunidad de aplicar sus principios, es decir, de aplicarlos a aquellos con quienes habían combatido, los negaron rotundamente. Todas las naciones hicieron lo mismo. No hay en Europa una sola nacionalidad nueva que no haya rechazado en mayor o menor grado el principio de nacionalidad. Los polacos, que durante todo el siglo pasado clamaron estentóreamente por los derechos de nacionalidad, son los que, desde que han conseguido la independencia, han ultrajado el principio más brutalmente, más cruelmente todavía que sus antiguos opresores. En verdad, no hay un solo Estado nuevo que no haya aprovechado la oportunidad de la victoria para incluir dentro de sus fronteras minorías ajenas que no habrían sido incluídas si se hubiese tenido en cuenta su voluntad. Un misionero preguntó en cierta ocasión al jefe de una tribu africana si consideraba delito el robo de mujeres. A lo que con-

testó el cacique: «Naturalmente. Es decir, si alguien roba las mujeres de mi tribu, comete un crimen; si yo cojo mujeres de otra tribu, esto no es un crimen.»

La lógica del nacionalismo, tal como lo vemos funcionar en la política europea, es exactamente la misma. Dondequiera que penetra descubre la misma cándida cualidad unilateral. «Con ocho barcos más estaremos seguros»—gritan los almirantes—, desdeñando por completo, de un modo realmente sublime, el hecho de que la preponderancia que a nosotros nos dará la seguridad significará inseguridad para los demás; que si estos otros obedecen a motivos iguales a los nuestros, aumentarán también su escuadra; y que, en definitiva, estaremos como al principio.

Los almirantes—de ambas partes—nos dirán con verdad y sinceridad que no quieren la guerra. Sin embargo, ambas partes persiguen una política que debe terminar, a la postre, en guerra.

¿Por qué? No son tontos los que así desdeñan los hechos evidentes; son a menudo personas capaces, inteligentes y sinceras. ¿Por qué, entonces, se niegan a afrontar la verdad?

En parte quizá porque, de afrontarla y de obrar en consecuencia, se encontrarían en condiciones poco familiares, que, si es cierto que no traerían consigo riesgos mayores que los de la vieja retencia de armamentos, sí traerían una clase distinta de riesgo: requerirían ajustes temperamentales o psicológicos completamente nuevos.

En el sistema guerrero se debate el predominio del uno sobre el otro. La alternativa es una asociación cuyo éxito depende de que cada cual reconozca al otro la igualdad de derechos; la paciente de lo que cada cual considera opiniones detestables e inadmisibles; el abandono de la teoría de que cada cual se sienta más fuerte que el otro.

Compárese esta situación que no satisface emocionalmente con otra que su-

ponga esencialmente lucha, rivalidad, el libre influjo de las pugnacidades que acompañan al tipo antiguo de vida internacional. En este orden antiguo, las partes van a la lucha armada, o se hacen la guerra sorda de la competencia de armamentos. En cualquiera de las dos clases de guerra se puede ganar o perder: es la lotería de la vida y el destino. Los instintos y las emociones que acompañan a las actividades de esta índole nos llegan a través del largo camino que arranca de las edades prehumanas de los bosques; desde un tiempo inconmensurable toda criatura humana ha aguzado su ingenio en la lucha contra cualquiera otra criatura viva. Es natural que sentimientos que tienen sus raíces a tal profundidad busquen satisfacción en la política pública, donde el sentido de la responsabilidad personal queda extraordinariamente diluido.

El nacionalismo, con su lema «nosotros sobre todos los demás», da al salvaje que habita en nuestro interior una oportunidad de desbordarse que no le proporciona la vida privada. La vanagloria, la humillación de los demás, que evitamos cuidadosamente en el terreno personal, adquiere categoría de cualidades nacionales.

Y, naturalmente, cuando se trata de una nacionalidad oprimida, damos rienda suelta a estos impulsos en nombre de la justicia más completa y aparatosa que en cualquiera otra situación. Entonces no tenemos que albergar escrúpulos (como podría tener un «opresor imperial») sobre su completa justificación moral. Nuestro mundo moderno, que es una maraña de mutuos intereses, ha heredado gritos de combate como el del «derecho de los pueblos libres a disponer de sus destinos», de un mundo antiquísimo y totalmente distinto (del mundo, por ejemplo, de hace cincuenta años, o del de los revolucionarios del siglo XVIII), que los profería en su guerra final de derecho popular—derecho nacional—contra el privilegio feudo-

BASTOS Y CIA., S. en C. INGENIEROS

Cámaras frigoríficas. Motores Diesel. Bombas centrífugas. Depuración de aguas. Instalaciones de acondicionamiento de aire.

MADRID: Paseo de Recoletos, 12.-Tel. 53502

dal. Cualquier aceptación de obligación mutua en forma de cooperación organizada entre dos pueblos distintos—entre ingleses y australianos, entre ingleses e hindúes, entre polacos y alemanes—tiende siempre a ser considerada por uno u otro como una reliquia de opresión feudal, que debe terminarse con la independencia de cada uno. El nacionalismo ha producido así la balcanización, la atomización... y la repudiación de sí mismo, pues que, como hemos visto, no ha habido una sola nacionalidad que, mientras reclamaba la independencia para sí, no negara el derecho a la independencia a otro grupo nacional que viviera dentro de sus fronteras, como los alemanes negaron en el siglo pasado a los polacos el derecho a la independencia, y los polacos lo niegan hoy a los alemanes. Todos estos nacionalismos, a la luz del día o subterráneamente, preparan la guerra para su satisfacción emocional, sin importarles un ardite cosas tan humanas como la prosperidad, el bienestar, el alimento, la vivienda, la paz y la jovialidad. Una Europa confederada, en la que nadie fuera independiente porque todos hubiesen reconocido sus obligaciones mutuas, sería inmensamente más rica en estos bienes que la Europa vesánica que conocemos.

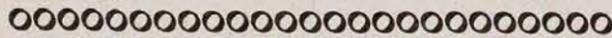
Sin embargo, en todas partes, lo mismo dentro que fuera del imperio británico, se tiende al separatismo y la pobreza. Australia, que tiene que hacer frente a la más grave crisis económica que ha conocido en su historia, que está amenazada de inminente bancarrota y que obraría prudentemente fortaleciendo todos los lazos que la unen con Inglaterra, que le ha dado su capital y constituye su principal mercado, elige precisamente este momento determinado para cortar uno de los últimos enlaces con la Gran Bretaña: la nacionalidad inglesa de su gobernador general.

Si los australianos se conducen de este modo, no puede sorprendernos que los hindúes, que tienen infinitamente más motivos de resentimiento con los hombres de raza inglesa, coloquen la causa del separatismo por encima del bienestar e insistan tanto en el valor místico de una «independencia» que, si es buena para los indios contra los ingleses, es igualmente buena (como se demostrará, como se está demostrando) para los hindúes contra los musulmanes, para una casta contra otra, para una raza contra otra, cuyo término será inevitablemente el caos. El trágico humorismo de la situación angloindia es que el indio, que proclama su resolución de morir por libertarse del dominio occidental, está esclavizándose a una de las peores formas de dominio occiden-



JOSÉ CAÑIZARES

Alcalde socialista de Villena (Alicante) que ha sido repuesto en su cargo.



tal: el dominio de falacias como una «independencia» que, rechazando la eficaz confederación con el prójimo, proclama la soberanía del Estado nacional; y de falacias como que la democracia debe ser una sola clase de democracia, basada en el voto polifacético de millones de personas, que deciden cuestiones que evidentemente no tienen competencia para decidir, y que están imposibilitadas de adquirir esta competencia por la naturaleza misma de las cosas. Precisamente cuando el mundo occidental empieza a reconocer estas falacias y hace algunas desatinadas tentativas para corregirlas, es cuando la India y otras naciones del imperio británico las subrayan con más énfasis que nunca.

¿Debemos entonces aceptar todas estas fuerzas caóticas como algo que está por encima de nuestra voluntad, como la lluvia o los terremotos? Son peligrosas, justamente porque tendemos a considerarlas así. Estas fuerzas somos nosotros mismos, nuestras ideas y posturas en el pasado, fortalecidas por nuestra actual conformidad con ellas. En cuanto abandonemos la creencia fatalista, comprendamos que estas fuerzas *somos nosotros mismos* — obremos de acuerdo con esta verdad, empezarán a perder su carácter peligroso.

Con relación al siniestro estado de ánimo que ha tomado posesión de Alemania, a la disposición a rectificar la paciente espera de los últimos diez años, a retirarse de la Liga de Naciones, a vol-

ver a la antigua lucha de alianzas, basta con plantearse esta pregunta para comprender que es locura completa: ¿Cuáles son, desde el punto de vista alemán, los riesgos de esta política comparados con los riesgos de la paciente cooperación con la Liga de Naciones? La salida de Ginebra supone un reto a Francia y a Polonia, la reanudación de la competencia de armamentos, la entrada de Rusia en la contienda y, por último, cualquiera que sea el resultado militar, el fin de las clases medias alemanas, que dan toda su fuerza a este movimiento nazi contra la Liga.

Hace poco decía con tristeza un comerciante alemán: «El terremoto nos destruirá.» Daba a entender con esto que las fuerzas que amenazaban destruirnos eran fuerzas naturales, ajenas a su voluntad. Resultó que había votado por los nacionalsocialistas, y que muchos de sus colegas habían hecho lo propio. Al interrogarle, habló de «depresión económica, unida a una sensación de injusticia». Eran hombres que vivían en casas confortables y que daban trabajo a otros hombres—empleados, obreros—, obligados a vivir con ingresos que eran la mitad o la tercera o la cuarta parte de los suyos. Al preguntarles si la diferencia entre la situación económica de la burguesía alemana, como «víctima» de la paz, y la situación económica de los vencedores de la clase correspondiente se parecía en algo a las dificultades entre el burgués alemán y el obrero medio alemán, los hombres de negocios en cuestión se veían obligados, naturalmente, a admitir que la diferencia dentro de las fronteras alemanas era un enorme abismo comparada con la apenas perceptible diferencia entre ellos mismos y la burguesía de otras naciones. Pero estos hombres de negocios no encontraban calificativo bastante duro para condenar a los comunistas, que se proponían expresar de un modo sangriento su resentimiento contra su perdurable inferioridad. En el caso del comunismo no se aceptaban la «depresión económica», la injusticia de toda la vida, demostrada con pobreza y sufrimientos reales, como fuerzas impersonales que eximían a los comunistas individuales de responsabilidad personal por los odios que alimentaban y las matanzas que planeaban. Tales actos, según estos alemanes, eran acciones perversas, a las que había que asignar responsabilidad humana. Pero si los sentimientos excitados por la noticia de que no se había permitido votar libremente a los alemanes de Silesia hubieran conducido a la guerra, a la matanza de mujeres, niños y gentes indefensas, que nada tenían que ver con la lucha política, ¡ah!, entonces se ha-

bría tratado de «grandes fuerzas cósmicas», nobles explosiones de ira nacional, de las que, al parecer, nadie sería responsable; enderezamientos de arraigadísimos entuertos, para cuya consecución había que arriesgar cualquier sufrimiento, cualquier devastación.

No es éste, naturalmente, un estado de ánimo específicamente «alemán». Abunda en todos los países, incluso en Inglaterra. Pero una combinación de circunstancias lo presenta como una manifestación particularmente peligrosa en la Alemania de hoy. Si se hubiese hecho caso de ciertas críticas inglesas al Gobierno inglés, a Francia se le habría dicho ahora que se fuera al diablo, se habría acogido con alegría el abandono de toda Conferencia de Desarme, se habrían cancelado todas las obligaciones del Pacto, y luego... ¿qué? Al llegar a este punto los críticos se paran. Para ellos no hay continuación. Como dijo uno de estos críticos: «Si recibo noticias del abandono de la Conferencia del Desarme lanzaré un profundo suspiro de alivio que marcará el final de una comedia mala, de una época de farsa.» Es decir, que recibiría el mismo alivio que cuando rompe el mobiliario porque su esposa es realmente intolerable.

Pero no tratamos aquí de domésticas contendas de sobremesa. Sin embargo, es tal nuestra imaginación, que nos contenemos mucho más, demostramos tener un mayor sentido de responsabilidad, cuando discutimos de sobremesa con nuestros invitados que cuando tratamos de las consecuencias de la paz y la guerra.

«La paz es un sueño: la guerra es una enfermedad periódica», dice el «realista» con aire de hombre enterado, como si la voluntad humana no tuviera nada que ver con la periodicidad. Pero se trata de una repetición deliberadamente escogida por hombres determinados, hombres dominados por una pasión de desquite, que desean ávidamente satisfacer esta pasión y se niegan a enterarse de lo que cuesta tal satisfacción. Ceden a su pasión únicamente porque pueden convencerse y convencer a sus compatriotas de que se trata de una noble pasión, de una lucha desesperada por la justicia y la patria, del mantenimiento de ideas muy elevadas. Si las multitudes humanas vieran lo que es verdad, que estas ideas son malas ideas—ideas antisociales, inútiles, egoístas, un disfraz de la vanidad y la indisciplina moral—; si se hiciera tan general el reconocimiento de esta verdad que llegara a mirarse con desprecio la exhibición de tales pasiones, entonces se vería (pues tal es el misterio de la naturaleza humana) que estas pasiones son perfectamente reprimibles; entonces de-

jarían de ser fuerzas cósmicas superiores a nosotros, y llegaría a considerárselas como lo que son: fracturas de la disciplina social que hay que corregir, así como la sociedad civilizada se apresura a corregir otras fracturas de menor importancia. Hal que mantener sujeto el mal genio, el instinto animal, hasta que la mente civilizada haya dado cima a su labor.

Con toda seguridad las cosas marcharían mejor si los motivos fuesen inteligentemente más económicos de lo que son; porque el deseo del bienestar y la prosperidad de los hijos y de los compatriotas es un deseo mucho mejor que el instinto irracional de hostilidades gregarias, el enfado por la presencia de algún elemento «extraño» dentro de «nuestro» territorio, la vanagloria y megalomanía de tribu que muy a menudo se presentan bajo el disfraz de nacionalismo, si es que el nacionalismo político no está muy estrechamente emparentado con estas cosas.

El máximo bienestar económico supone la cooperación humana hasta un grado muy detallado, y esto, a su vez, exige capacidad para cumplir un contrato, buena voluntad y buena fe. Pero los nacionalistas que han asolado a Europa durante los dos siglos pasados, amenazando su civilización, y empiezan ahora a asolar el Oriente, que con tanta facilidad incurre en apasionados deseos de desquite, de derrotar al adversario, de obligarle a admitir su derrota, de humillarlo, estos nacionalismos ciegan a sus súbditos y les impiden ver dónde está su propio interés. No quiere esto decir que sean desinteresados, sino que, como las víctimas de otras pasiones, prefieren el goce momentáneo al

oooooooooooooooooooooooooooooooo

Nueva gestora provincial

La Comisión gestora de la Diputación provincial madrileña, de la que, como en el resto de España, se habían apoderado quienes han demostrado no contar con la confianza del pueblo, ha sido destituida, y sustituida por la siguiente:

Wenceslao Carrillo Alonso, Rafael Henche de la Plata, Amós Acero Pérez y Vicente González Carrizo, socialistas; Ramón Ariño Fúster, Simeón Alonso Alvarez y Martín Manzano Hernández, de Izquierda Republicana; Lázaro Somoza Silva y Modesto Muro Arroyo, de Unión Republicana.

De la presidencia ha sido encargado nuestro compañero Rafael Henche, de quien esperamos, dada su capacidad, obtenga un gran éxito en el desempeño de su nuevo cargo.

bienestar permanente. El deseo de la prosperidad de nuestro pueblo es, después de todo, un motivo más respetable que el deseo de perjudicar a otro pueblo. Puede hermanarse el interés económico de grupos separados, porque la división del trabajo, que es la esencia de la actividad económica eficaz, los hace mutuamente dependientes. Pero no se puede hermanar el deseo de dos partes de ver a la otra humillada o perjudicada.

La esencia de esta dificultad, tanto en la India como en Palestina, en Egipto y en casi todos los centros de agitación europea, no hay que buscarla en agravios personales, sino en «aspiraciones», en el deseo de «autonomía», que significa el gobierno de «nuestro» grupo, geográfico o religioso, sobre cualquiera otro grupo. Allí donde se presenta la cuestión económica surge por lo general del hábito de asignar a un grupo el interés económico. El árabe se queja de que el judío le echa de Palestina. Si aquellos de quienes se queja el árabe se llamaran musulmanes, no se presentaría la cuestión económica. Sin embargo, los mismos individuos ocuparían la misma posición de ahora: la situación económica sería idéntica, pero las distinciones de grupo serían distintas. De estas distinciones de grupo es de donde deriva la dificultad. Nadie dudará que la posición económica del trabajador árabe ha mejorado gracias a la actividad judía en Palestina; pero en tanto se trate de actividad judía, el mejoramiento económico se considerará como una ofensa más que como un beneficio. Lo mismo sucede en la India. La maldición de este país es la pobreza; para acabar con ella hace falta la aplicación de una ciencia económica, una administración científica, una reorganización industrial y agrícola. Pero Gandhi y sus colegas ni siquiera pretenden ser economistas y administradores; no niegan que los administradores británicos serán muy útiles en la lucha contra la pobreza, ni que el interés evidente de Inglaterra, que necesita mercados, está precisamente en elevar el nivel de vida en la India y hacer a su población capaz de consumir los productos ingleses. La agitación no tiene nada que ver con la pobreza en la India; arranca del punto de vista de que la sola presencia de gobernantes británicos en la India es una indignidad y una ofensa, y se afirma en esta posición fingiendo creer que la occidentalización de la India sería un precio demasiado elevado para la abolición de la pobreza, que a cambio del bienestar se desvanecerían el «alma», la libertad y la vida espiritual de la India.

Nos impresionaría este último argu-

mento si los años que han transcurrido en Europa desde la guerra no nos revelaran esta curiosa verdad: que grandes masas de hombres pueden proclamar con aparente sinceridad apasionada estos imponderables, indefinibles y fugaces valores espirituales, y luego abandonarlos repentinamente como si no valiera la pena defenderlos. Así, antes de la guerra, las democracias de Europa occidental, aunque admitían que la organización alemana proporcionaba una civilización eficaz, prorrumpían en dicitos contra su autocracia, su privación de libertad, su militarización, calificándolas de destructoras de los más altos valores humanos. Se nos decía que en todos los rincones del planeta se alaban hombres libres dispuestos a darse por entero en defensa de lo que consideraban más valioso que la vida misma: la libertad y la democracia, pisoteada por el militarismo prusiano. Recordemos por un momento la elocuencia de nuestros intelectuales sobre este punto en el período 1912-1918; lo que decían sobre el tema poetas y poetastros, novelistas, historiadores y periodistas. Es cruel recordar esto, pero saludable. Muy bien. Al precio que todos conocemos conseguimos implantar en el mundo la democracia y la libertad; y habiendo obtenido la victoria el grupo democrático, se desarrolló entre estos vencedores una verdadera epidemia de dictaduras. Recuérdese que Italia fué una de las naciones que lucharon por la libertad y la democracia. Mussolini proclama ahora que la Italia moderna nada tiene que ver con «esos cadáveres hediondos» de la democracia y la libertad. Y en lo que respecta a las ideas militaristas que la guerra había de destruir para siempre, Mussolini, en su último discurso explosivo, dice al mundo que «dos rifles y los cañones, los barcos y los aeroplanos» son cosas mucho más hermosas que las palabras, y que Italia obra de acuerdo con el principio de Maquiavelo de que «dos profetas desarmados están condenados a perecer». En otros términos: los más feroces esfuerzos del káiser en dirección a la guerra eran balbuceos infantiles comparados con las más suaves arengas que Mussolini ha dirigido a Europa. Parece que gusta en Italia, y todos los países tienen un grupo de imitadores fascistas. Y nadie se preocupa lo más mínimo de que todos los principios de libertad hayan ido por la borda. Recientemente escribía Arnaldo Mussolini: «No podemos tolerar la oposición, porque en el Estado fascista la oposición es como la falta de un diente de rueda en una complicada pieza de maquinaria... Hay que aplastar la oposición como una hierba venenosa.» Y en armonía con estas pa-

SERVICIO DE LIBRERÍA
DE
TIEMPOS NUEVOS

Gonzalo de Córdoba, 14
MADRID

	Pesetas
<i>Marxismo y antimarxismo</i> , por Julián Besteiro.	5
<i>Fracaso de las Compañías ferroviarias</i> , por Trifón Gómez . . .	5
<i>Intervención socialista en los Ayuntamientos</i> , por Andrés Saborit.	0,50
<i>Aspectos de la vida rural en España</i> , por Lucio Martínez. . . .	0,50
<i>Socialismo y Bolchevismo</i> , por Compère Morel	0,50



labras, unas islas desoladas se van llenando de presos políticos, hombres que han incurrido en una negligencia tal como expresar una crítica pasajera sobre el orden de la postguerra durante una comida, cuyo camarero era un agente secreto del Estado fascista.

Verdaderamente se requiere un esfuerzo de memoria para recordar que antes de la guerra un hombre podía dar la vuelta al mundo sin necesidad de eso que llaman pasaporte; la inmensa mayoría de la gente nunca poseía tal documento. Ahora leemos que en ciertos «territorios libertados» el ciudadano «debe ir provisto de un pasaporte para cada viaje que haga, y el extranjero necesita el visado para cada viaje en ferrocarril. Para obtener el pasaporte hay que acompañar tres fotografías, y, a veces, cinco». En la misma Inglaterra los americanos y otros turistas extranjeros deben comunicar a la policía todo cambio de domicilio, necesitan obtener permiso de la policía para permanecer en el país, no pueden aceptar ningún cargo remunerado, a no ser con un permiso especial, que se obtiene con enorme dificultad de los ministerios del Interior y de Trabajo. La Alemania «militarizada» de la anteguerra no conocía nada de esto. En aquella época, cuando un joven oficial vejaba a un zapatero alsaciano, en todo el país resonaba un clamor contra tal tiranía, y Europa lo tomaba como una prueba de la severidad del Talón de Hierro. Hace poco tiempo, en la republicana Viena, murieron 90 personas en un choque con la policía, y Europa quedó totalmente in-

diferente. El funcionario policíaco responsable de este hecho se convierte en primer ministro. En los vergonzosos tiempos del imperio austríaco el funcionario de policía que hubiera permitido que un ciudadano muriera en tales circunstancias habría visto cortada su carrera en aquel momento.

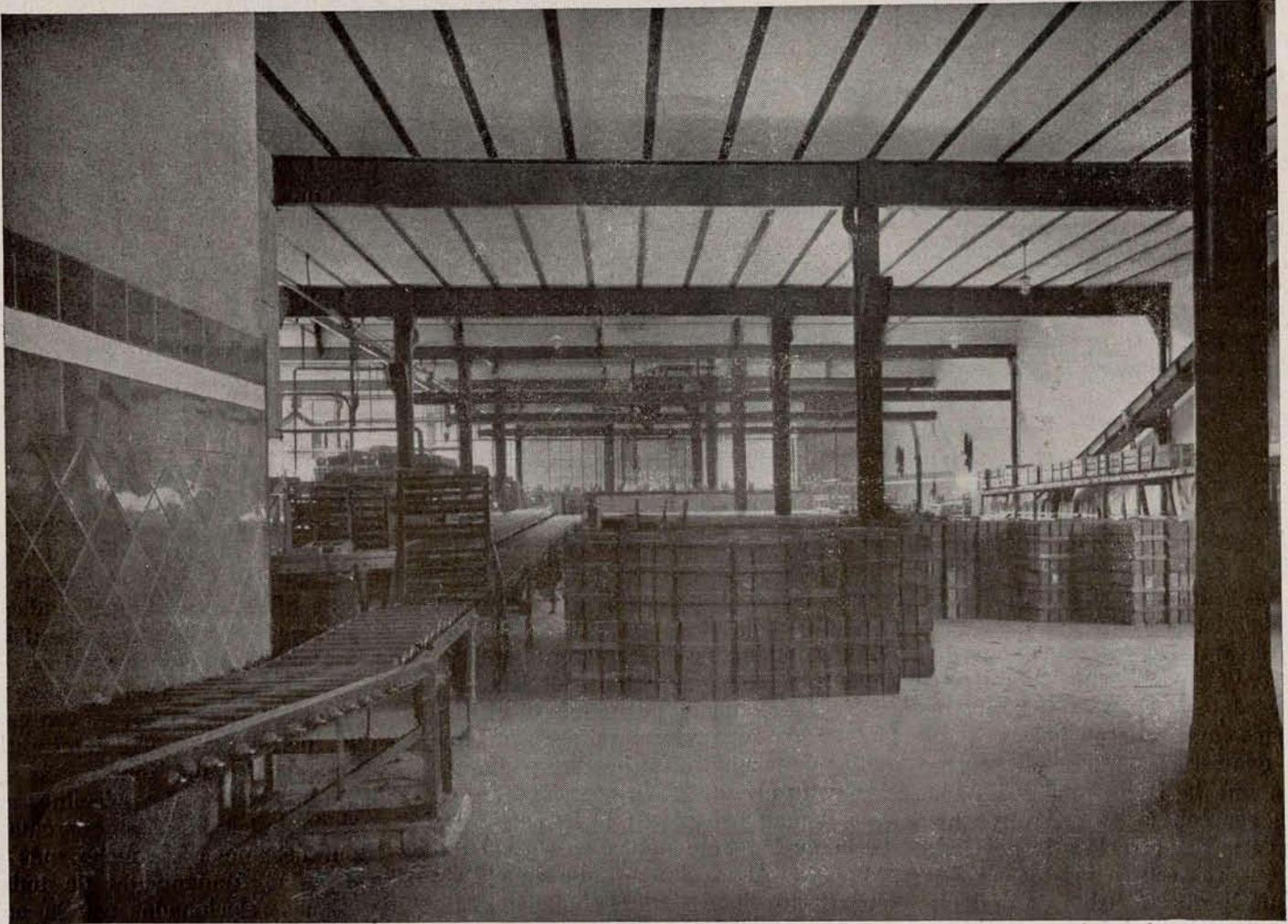
En un año o dos nos hemos habituado a un grado de militarización que nos habría escandalizado y llevado a la rebelión antes de la guerra. Lo aceptan sin protesta pueblos que lucharon por la libertad política, pueblos que, como los italianos, han proclamado que la Libertad era la cosa por la que vivían y morían. Ello revela la inestabilidad y elasticidad de aquellos valores; revela también el hecho de que nos engañamos a nosotros mismos cuando creemos que la indignación contra este militarismo fué la causa de la hostilidad hacia Alemania. La hostilidad hacia Alemania fué la causa de nuestras alabanzas a la Libertad. La causa de nuestra hostilidad hacia Alemania fué el miedo al desarrollo de su poder.

En un curso de conferencias celebrado en Oxford, Tagore, al hablar de las dificultades entre la India e Inglaterra, y, por supuesto, entre el Oriente y Europa, confiesa que no puede indicar ningún remedio fácil. «Lo urgentísimo es más bien un cambio radical en el ánimo, en la voluntad y en el corazón.»

Todos estarán conformes con esta fórmula, porque cada cual interpretará la recomendación del modo más conveniente a sí mismo. Los términos son demasiado indefinidos. Si queremos precisión, debemos ser mucho más claros en la más fundamental de todas las cuestiones relacionadas con la política, en la pregunta, tan vieja como Aristóteles, y que aún está por contestar: «¿Qué son esos valores por los que luchan nuestras sociedades políticas?» ¿Luchamos por el bienestar, en el sentido de manutención adecuada, salud, seguridad y confort? ¿O se trata de cosas menos materiales? Si cada cual pretende dominar al otro, no pueden generalizarse; sólo podrían concedérsele a uno negándosele al otro. Y si ambos rechazan la asociación, niegan probablemente todas las cosas materiales—alimento, vida, confort—que constituyen la base de cualquier bien espiritual.

Estas preguntas definitivas, rara vez planteadas, quedan casi siempre sin respuesta. No son cuestiones que pueda manejar el político práctico. Quizá haya que colocarlas fuera de la política. Pero hasta que la mayoría de los hombres empiece a ver claro en estas cosas, permanecerá insoluble el problema político.

La LOSETA DE ASFALTO es el pavimento ideal
COMPRIMIDO C. P. A. para interiores ≡



Almacén de la fábrica de cervezas EL AGUILA, pavimentado con loseta de asfalto comprimido C. P. A.

Pavimento para sótanos, mataderos, patios, azoteas, mercados, garajes, talleres, fábricas, calles, paseos, puentes, plazas, aceras, etc., etc., es...

La LOSETA DE ASFALTO C. P. A.

Presupuestos gratis, folletos ilustrados, muestras; pídanos referencias y cuantos detalles necesite.

ESPECIALIDADES EN TODOS LOS TRABAJOS DE ASFALTO

Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A.

Domicilio social: Avenida del Conde de Peñalver, 21 - MADRID - Teléfono 11246

BARCELONA: Vía Layetana, número 28. Teléfono 11673.

VALENCIA: Avenida del Puerto, número 219. Teléfono 30429.

SEVILLA: América Palace. Teléfono 31656.

FABRICAS EN

MADRID - BARCELONA - VALENCIA - SEVILLA

El Municipio, órgano de eficacia y democracia

HOSANNA! La República renace gracias al esfuerzo del pueblo, que quiere vivir su propia vida, una vida civil, ciudadana. Y no puede haber ciudadanía auténtica donde falte una legítima organización municipal. En España dice la Historia que el Municipio es la cuna de las libertades populares; también en otros muchos países se veía en él la ciudad principal y libre que se gobierna por sus propias leyes y cuyos vecinos pueden obtener y gozar los privilegios y derechos de ciudadanía.

Hasta la misma arquitectura de los Ayuntamientos tiene su tradición desde la Edad Media. La torre o campanario es símbolo de las libertades políticas y populares; es expresión genuina de la nueva civilización que se opuso al feudalismo señorial y religioso; es manifestación destacada, altiva y permanente del poder comunal pleno de independencia.

El origen del Municipio urbano supone la defensa contra la agresión de los enemigos de la ciudadanía; significa, además, el aglutinante que ha de servir para forjar el instrumento creador de actividades de bienestar y de civilización.

El régimen municipal lleva en sus entrañas todos los fundamentos del Estado. Desde la teoría de la soberanía política y la de la naturaleza del Poder público o la división de poderes, hasta las cuestiones de técnica administrativa más estricta. Desde los problemas más hondos de la socialización (municipalización) de servicios, hasta los relacionados con la responsabilidad de representantes y empleados, esto es, con la noción del servicio público. Todos los graves asuntos que integran hoy las nuevas concepciones del Estado y del Derecho político tienen su manifestación clara y expresa en la práctica del Gobierno municipal, y todos han suscitado dificultades de realización y soluciones positivas en el régimen de los grandes Municipios modernos.

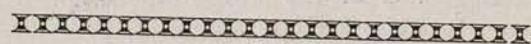
Seguramente para verificar las transformaciones próximas del Derecho político no existen en nuestros días experiencia y orientación más adecuadas que las que pueden ofrecer las actividades de la vida municipal. El Municipio, como institución de Derecho pú-

blico, es la más característica de las entidades *naturales*, y en él están indispensablemente combinadas la *eficacia* con la *democracia*; es decir, lo *administrativo* con lo *político*. El propio engrandecimiento de la vida del Estado depende del saneamiento de la del Municipio, ya que un Ayuntamiento corrompido y estrecho no puede ser otra cosa que vivero del caciquismo cerril que sufren muchos pueblos españoles.

Por todas estas razones, el Partido Socialista ha tenido siempre el máximo interés en preocuparse de la vida municipal, en conquistar los Ayuntamientos, en crear un ejército de buenos concejales, los cuales, practicándose honradamente en la administración de las ciudades, serán, desde luego, admirables rectores de la política del país entero en el momento en que el Gobierno del Estado pase íntegramente a manos de la clase obrera organizada.

Escolio a "El presupuesto municipal"

Todas estas consideraciones anteriores nos vienen a los puntos de la pluma ante un hecho evidente que tenemos a la vista; es a manera de escolio



Flamarique



Homedes

CONSTRUCCIONES

MADRID

Malasaña, número 7

Teléfono 17345

que se pone a la lectura del interesante trabajo que Miguel Navas ha publicado bajo el título de *El presupuesto municipal. Estudio retrospectivo de los presupuestos municipales desde el año 1919 a 1935*. El camarada Navas forma parte de la inteligente y activa minoría que nuestro Partido tiene en el Ayuntamiento de Buenos Aires, y es al presupuesto de la capital de la República Argentina al que su libro se refiere.

Se trata de un estudio concienzudo acerca de lo que debe ser el presupuesto de un Ayuntamiento importante. 240 grandes páginas de nutrido texto, acompañado de cuadros y gráficos, que demuestran una formidable preparación y colocan muy alto al Partido político que dispone de hombres así para regir los destinos públicos. Organización de servicios; administración de caudales; establecimiento de impuestos, arbitrios, tasas, etc.; orientación de los gastos; acoplamiento del personal y distribución de funciones..., todo esto tratado admirablemente desde el punto de la experiencia recogida y de la crítica para desembocar en la política que corresponde al Partido Socialista, que no es, no puede ser otra que aquella que representa la defensa de los intereses generales de la población.

El libro de Miguel Navas — que puede ser paradigma del concejal socialista — es la exposición documentada que hizo ante el Concejo bonaerense al discutir el presupuesto. Con su trabajo demostró dicho camarada no sólo una honda preocupación por cumplir el mandato recibido de sus electores, sino una preparación y una competencia dignas de todo encomio. Termina su importantísimo trabajo prometiendo todavía, a pesar de que su exposición ha sido incontestada y aceptada en gran parte.

Pero si Navas en el aspecto administrativo, esto es, de la *eficacia*, ha obtenido el resultado merecido a su esfuerzo, desde el punto de vista político, es decir, de la *democracia*, es mucho más importante su victoria por lo que supone para el porvenir, ya que en nombre de la minoría socialista, que representa, termina su discurso con las siguientes palabras:

«No somos un Partido de oposición en el sentido extremo de la palabra, sino que somos opositores a las ideas

y a los procedimientos, en cuanto se interpretan y realizan actividades inconvenientes a la vida municipal y ciudadana.

El Partido Socialista, señor presidente, es un partido de Gobierno, y aspiramos a dirigir las funciones públicas del Estado y del Municipio. Por eso nuestro Partido se especializa en crear dentro de su seno organizaciones de estudio, de enseñanza, para que los hombres de nuestro Partido que sean enviados a ocupar puestos de confianza en los Parlamentos y en los Concejos deliberantes conozcan el presente y el futuro de los pueblos, sus necesidades, la naturaleza de las funciones y responsabilidades del cargo.

Nos preocupamos en tener hombres preparados en abundancia para que el concepto del deber no se convierta en tragedia cuando se dirija la cosa pública. No nos arredra el Gobierno; lo buscamos, y a él habremos de llegar para estructurarlo con una preocupación más humana y más justa, finalidad no desconocida por los sectores de la bur-

guesía, que observa a diario cómo en los cuerpos colegiados nuestra conducta y nuestra acción se diferencia de la suya en muchos aspectos.

Mi propósito al hacer esta extensa y documentada exposición sobre el presupuesto municipal quiero sea comprendido como una de las fases constructivas de nuestra obra para transformar los desórdenes administrativos que todavía pueden subsistir; que se destaque en mi propósito el deseo de un permanente proceso de superación, y, por último, que se señale nuestra legitimidad en la elaboración de un régimen donde no predomine sino la verdad claramente expresada en los números y la decencia manifestada en los procedimientos.»

Por este camino de la eficacia por la democracia, es decir, de la buena política municipal, marchará el Partido Socialista con paso firme y ruta segura hacia el triunfo definitivo de su ideal emancipador.

FRANCISCO NUNEZ TOMAS

alcanzada totalmente sino a costa de elevado consumo de combustibles, que no compensa el rendimiento de la instalación.

En algunas ciudades, en Aviñón, por ejemplo, se emplea el sistema de «digestión» de las inmundicias, las cuales son echadas en depósitos de cemento de dos metros cúbicos de capacidad, en los que permanecen durante veinticinco días. Las inmundicias se hallan entonces «digeridas», es decir, fermentadas, y son ya casi inofensivas. Esta inocuidad no es, sin embargo, más que relativa, porque los residuos conservan cierto valor fertilizante, que les hace ser muy buscados por los hortelanos de las cercanías de Aviñón.

También se practica el procedimiento de arrojar las inmundicias directamente en la tierra, donde son depositadas en silos, en concavidades o en declives naturales o artificiales del terreno y tapadas inmediatamente con tierra. Este soterramiento se practica a cierta profundidad por capas superpuestas, cada una de ellas cubierta por una capa de tierra por lo menos de 20 centímetros. De este modo la fermentación se efectúa de una manera completa y rápida, es decir, que se destruye todo elemento orgánico. La experiencia inglesa ha demostrado que no hay peligro en destinar posteriormente tales sitios a campos de deportes. En Normandía se los llega a cubrir con una capa de tierra arable, con lo cual tales terrenos son dedicados a cultivos que no exijan un laboreo profundo.

Los procedimientos indicados van poco a poco siendo sustituidos por las modernas instalaciones donde las basuras son tratadas de modo científico y convertidas en elementos utilizables, tales como abonos, ladrillos y combustibles prensados.

Semejantes instalaciones son caras, pero rinden un indudable servicio, y hoy puede Madrid enorgullecerse por contar con una de las mejoras de esta clase existentes en la actualidad.

Recogida y utilización de las basuras domésticas

UNO de los más interesantes problemas que se plantean a las Municipalidades de las grandes poblaciones es el de la recogida y empleo de los residuos de todas clases, que procedentes de las viviendas, mercados, talleres, fábricas, etc., se aglomeran a diario en cantidades enormes y constituyen la preocupación de los administradores de todo Municipio.

En Madrid ha comenzado a darse solución al problema con la inauguración de la estación destinada al tratamiento

y preparación de las basuras para convertir las en fuente de ingresos al mismo tiempo que con ello se resuelve un problema de higiene.

Esto nos brinda ocasión para pasar una ligera ojeada acerca de los distintos sistemas preconizados y puestos en práctica en diversas capitales del extranjero para resolver el problema de las basuras.

Uno de los procedimientos más rudimentarios, pero que todavía se utiliza en algunas partes, consiste en transportar las inmundicias a regiones que se quiere fertilizar, porque nadie ignora que las basuras domésticas constituyen un excelente abono. Pero esto implica la existencia de depósitos de inmundicias en las proximidades de las aglomeraciones urbanas, con todos los inconvenientes que cabe imaginar.

En otros sitios se procede a la destrucción de las basuras por incineración (cosa que se practica también en muchas viviendas). Pero la experiencia ha demostrado que, con arreglo a las circunstancias locales, la fábrica de incineración funciona más o menos bien según la composición de las materias incineradas. Y en algunos casos la destrucción por incineración no puede ser

Poemas de MIGUEL R. SEISDEDOS

- Hacia el horizonte. 1 pta.
- Almas humildes. 1 pta.
- Luz en la sombra. 1 pta.
- Baladas y canciones 1 pta.
- La última noche. 40 cts.

Pedidos a la Administración de TIEMPOS NUEVOS

Gonzalo de Córdoba, 14 - MADRID

OBRAS DE JUAN JOSE MORATO

	Pesetas.
El Partido Socialista Español..	3,50
La cuna de un gigante (Historia del Arte de Imprimir)	7
Historia de la Internacional...	1
España y el descubrimiento de América	0,30
Jaime Vera y el Socialismo...	0,50
Guía práctica del compositor tipógrafo	10
Pablo Iglesias, educador de muchedumbres	5

De venta en «Tiempos Nuevos», Gonzalo de Córdoba, 14, Madrid.

Las teorías filosóficas, estéticas y técnicas de la arquitectura moderna

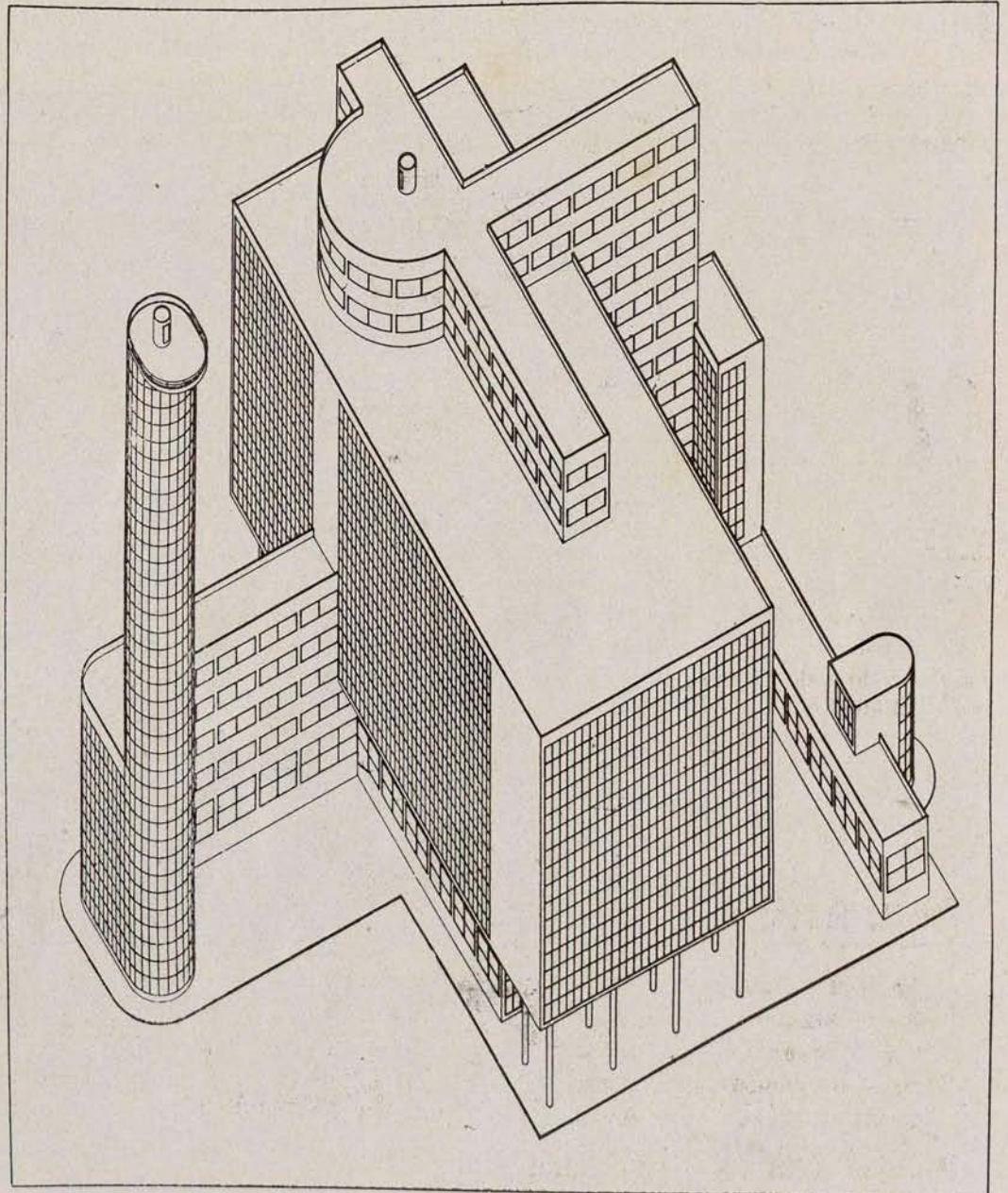
LA arquitectura moderna es un arte sin límites. Sus volúmenes estéticos y sus valores espaciales, convenientemente acoplados, le conceden un racionalismo de concepción que no tiene nada de común con el positivismo árido y negativo de las formas líricas y de las expresiones plásticas. El funcionalismo contemporáneo posee tal potencia, que es capaz de iluminar la materia hasta el extremo de hacerla perceptible y que exprese un sistema de universo más en armonía con la vida social que cualquier otro método práctico de filosofía. Su espíritu contiene tal fuerza, que es capaz de asimilar, crear y expresar, con ayuda de realidades probatorias, una visión particular y original del mundo espiritual. Y por esta razón es por la que los precursores del funcionalismo arquitectónico han intentado, en un esfuerzo violento, la evasión estética del arte de construir de los límites impuestos por la historia evolutiva de las artes figurativas. Esta limitación, que en suma es el *espíritu de necesidad* que anima la verdadera arquitectura, ha sido elevada a la categoría de una regla, de una verdad, de una perfección absoluta, de un axioma dogmático, que no impide que la fantasía del artista y del arquitecto marche por otro camino que el adoptado hasta ahora: el de la competencia y de la cohesión constructiva que permiten, en la arquitectura moderna, la posibilidad de fundir en un conjunto nuevo la serenidad helénica, la audacia gótica y la temeridad barroca.

Ante todo, los precursores de la nueva arquitectura han pedido a la materia las cualidades substanciales plásticas intrínsecas a la técnica. El acoplamiento racional de la materia y de la técnica para las finalidades elevadas de la arquitectura moderna no es un empobrecimiento de las potencias de emoción, sino la prerrogativa del funcionalismo. Prerrogativa que ha engendrado numerosas teorías arquitecturales que contienen los elementos esenciales del racionalismo actual.

Es un hecho actualmente indiscutible

que las experiencias estéticas y técnicas intentadas por los nuevos teóricos de la arquitectura han contribuido eficazmente a la formación del funcionalismo de hoy. El *futurismo* y el *dinamismo* italiano de Antonio de Santa Elia se encuentran entre los pilares fundamentales de la arquitectura moderna. Supieron insuflarle el espíritu de urbanización que constituye hoy la

substancia más viva del racionalismo europeo y trasoceánico. Santa Elia, al establecer que la obra de arte es inútil en sí misma, pero necesaria como demostración de una fe, ha restablecido un equilibrio perdido desde hace mucho tiempo en la arquitectura; equilibrio que se resuelve en el pensamiento unificador de un poeta que mide el mundo, dispone de su fisonomía en la forma



Nuestra Señora del Faro: Catedral en cemento armado, cristal y acero, de la que es arquitecto nuestro colaborador Alberto Sartorius,

más inteligente, agrupa los movimientos de masas, limitándolas por medio de materiales simples y ligeros que deben tener la duración de nuestra vida: la vida de una generación. Santa Elia, planteando los fundamentos de un nuevo espectáculo arquitectural, ha dibujado con una firmeza persuasiva las proporciones, los ritmos, las consecuencias ineluctables de las ciudades futuras, justificadas por las necesidades constructivas y por nuestro gusto. Santa Elia, generador de movimientos dinámicos, de prolongaciones mecánicas de la velocidad, de la rapidez, de la circulación, ha establecido la función suprema de la arquitectura moderna: el urbanismo.

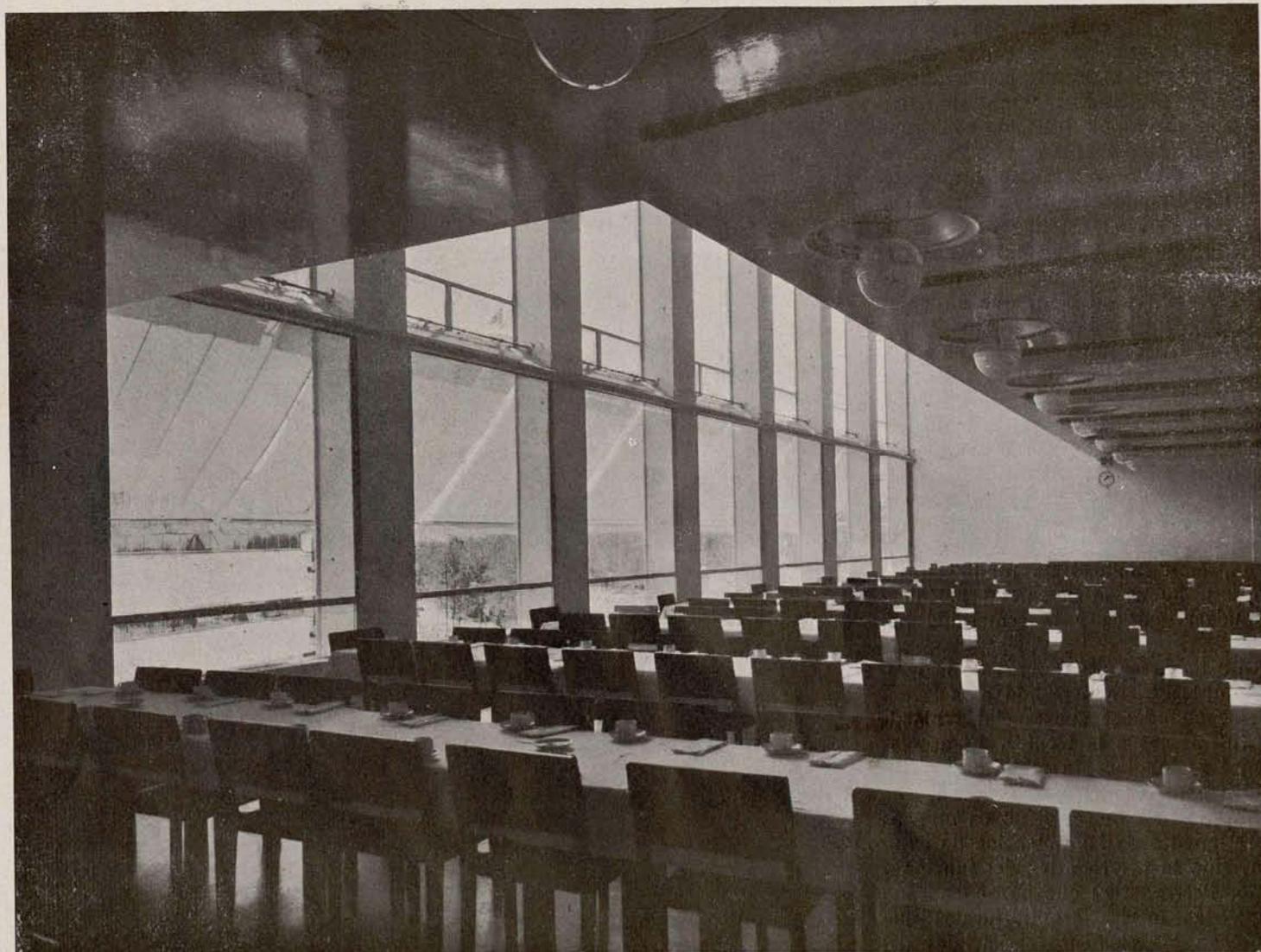
El *purismo* franco-suizo de Amadeo Ozenfant, Le Corbusier y Pedro Jeaneret, más partidario de los recursos de la ciencia y de la técnica, ha cambiado radicalmente las condiciones del ambiente arquitectónico, al fijar las reglas severas de la *máquina para habi-*

tar. Nueva actitud del espíritu que repercute en formas muy diversas. Antítesis entre el mundo moderno y el antiguo determinado por la vigueta y el hormigón armado. De la obra de Le Corbusier nace la certidumbre de que el arte y la arquitectura son verdaderas máquinas construidas para la transmisión de los sentimientos y las funciones del hombre. En efecto, la teoría *purista* admite que la ciencia ofrece una especie de lenguaje fisiológico que permite producir en el hombre sensaciones fisiológicas precisas. Por tanto, a arte de formas puras corresponde arquitectura de funciones y formas puras.

El *cabismo* francés de Andrés Lurcat y de Roberto Mallet-Stevens puede completar el dinamismo lírico del futurismo de Antonio Santa Elia y la severidad lógica del purismo de Le Corbusier. No podrá negarse nunca que el dogma cubista ha dado a la arquitectura moderna un amor a las formas simples y abstractas en sus necesarias

relaciones de carácter y medida. Por el cubismo ha abandonado la arquitectura la teoría de la imitación para alcanzar una concepción más elevada y creadora del arte de construir.

La *monoliticidad* de la arquitectura funcional, que es la trasposición de las principales ideas del futurismo, del purismo y del cubismo a un plano distinto; el de la cuarta dimensión de la arquitectura es, entre los principios fundamentales del *elementalismo* holandés de Théo van Doesburg y de J. J. P. Oud (este último es el arquitecto que ha alcanzado en el equilibrio uno de los grados más elevados en la perfección y precisión de las funciones plásticas y técnicas de la arquitectura moderna), el más sobresaliente y orgánico. Las líneas horizontales y las verticales son, en el elementalismo, de una necesidad tan absoluta que constituyen la base de la evolución de toda composición arquitectónica que quiera responder técnica y estéticamente a las necesidades



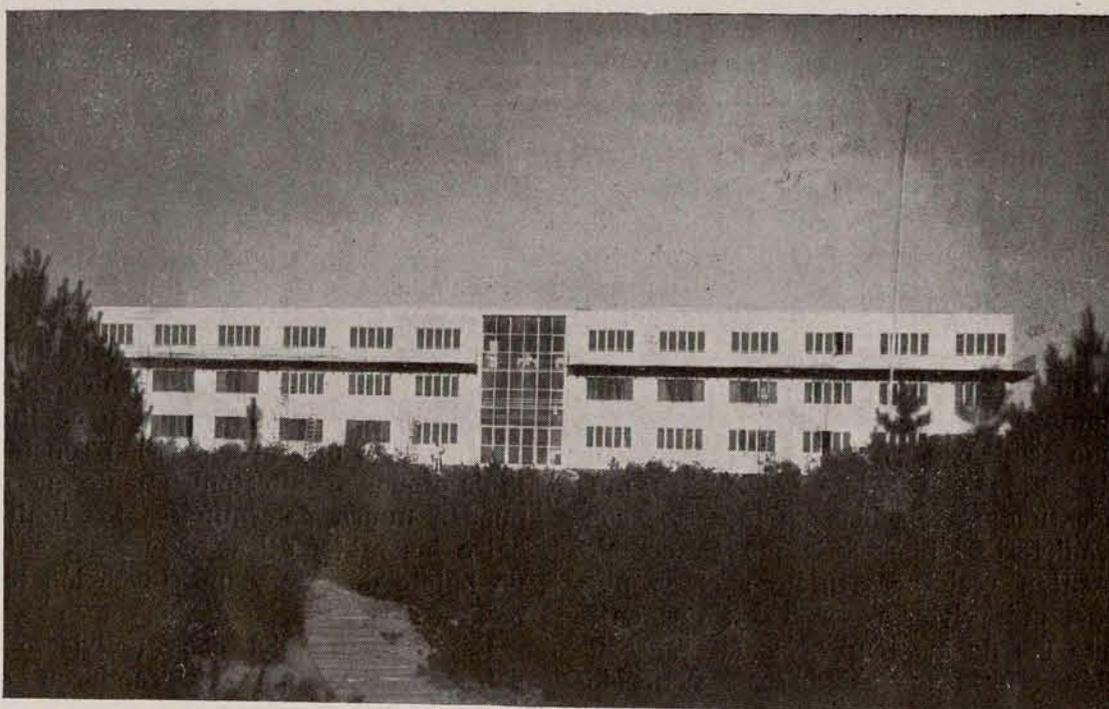
Refectorio colectivo del Sanatorio de Paimio (Finlandia).

de nuestro tiempo. El cubismo define la masa arquitectónica, mientras que el elementalismo estudia profundamente la línea general del conjunto edilicio. Dos teorías que estando unidas entre sí son de las realizadoras del movimiento funcionalista.

Un postulado muy importante de los orígenes de la arquitectura funcional que nosotros queremos afirmar en la exposición de las teorías del nuevo arte edilicio es que este último es, en parte, el producto directo de la evolución de la pintura de vanguardia. Entre los precursores y los creadores de la arquitectura contemporánea, varios han sido, y son aún, no solamente arquitectos innovadores, sino también artistas y pintores audaces. Por otra parte, el ambiente en que viven las teorías artísticas de la vanguardia europea ha influenciado profundamente, en sus comienzos, el ambiente de la nueva arquitectura. Por ello es por lo que el *superrealismo* de Piet Mondrian, de Jorge Vantongerloo, de Federico Kiesler, al aportar al arte de construir numerosos elementos de vivacidad estética y de filosofía constructiva, debe ser considerado como una adquisición indispensable a los efectos de la evolución plástica de la arquitectura y a la investigación íntima del máximo de simplicidad que informa la arquitectura funcionalista. Por esta misma razón es por la que los pintores de vanguardia, como Amadeo Ozenfant, Willy Baumeister, Hans Arp, Fernando Leger, Alberto Gleizes, Pedro Luis Flouquet y Federico Vordemberge-Gildewart, entre otros muchos, serán considerados por nosotros como arquitectos constructores de pensamientos y de temas teóricos a los que hay que tener en consideración muy alta para comprender la evolución actual de los medios de la composición arquitectural y de la técnica constructiva.

Profundizando aún más en el argumento puede decirse que el pintor-arquitecto ruso Casimiro Malewitsch ha contribuido en gran medida, con su *suprematismo*, al conocimiento de las nuevas ideas de la arquitectura. Antes del advenimiento de esta teoría creadora no se sabía que el arte moderno permitía la composición abstracta y fría de las líneas esenciales. Alusiones pictóricas de la estética suprematista que condensa las expresiones visuales en un cuadro negro sobre una tela blanca formada por la superficie geometrizada del cuadrado. Superficie geométrica, módulo estereométrico que conduce a la voluntad lineal y volumétrica de la arquitectura funcional.

Consentant no halla quien sepa fijar las relaciones entre el *compresionismo* alemán, del pintor Willi Baumesister y



Hotel popular en Tilosand (Suecia).

del arquitecto Ricardo Döcker, sobre la base estética de una unión entre la pintura moderna y la arquitectura (cosa que no ha sucedido hasta hoy), lo que abriría el camino a un despertar de la pintura aplicada a la arquitectura racional. La arquitectura ganaría con conocer las características arquitectónicas especiales del compresionismo pictórico y escultural que se exterioriza en expresiones plásticas de un orden constructivo que desarrolle, en un conjunto muy significativo, las líneas, los volúmenes y las interpretaciones de las superficies policromas. El compresionismo encierra, pues, una densidad tal de valores estéticos y constructivos, que puede conferir a la obra de arte una independencia absoluta en sus manifestaciones de plástica pura. Así se podría suprimir la razón de un alejamiento provisional de la pintura y de la escultura monumentales de la arquitectura, que es uno de los errores principales del racionalismo. A causa de los cambios y de la afirmación demasiado rápida del modernismo a través del espíritu de especulación de un gran número de constructores, modernos por necesidad del siglo, la arquitectura racional mal interpretada podría llegar a ser un día no la liberación, sino un peligro muy grave para el arte y para el hombre.

Al lado de estas razones, que abonan en favor de un renacimiento de la pintura y de la escultura colaboradora del arte de construir, hay también las del *prounismo* ruso de El Lissitzky, aspecto estético que transforma los conceptos de la pintura de vanguardia en los de la nueva arquitectura, por medio de una adhesión espontánea del arte en

general a las resultantes sociales y colectivistas de la construcción y del urbanismo contemporáneo. Además de la necesidad de unir previamente la escultura y la pintura a la arquitectura, a fin de abolir, en principio, el arte decorativo y crear el arte puro que contendrá las compensaciones recíprocas de los tres artes figurativos.

Por otra parte, el *plasticismo* belga de Víctor Bourgeois, nacido del conocimiento de las doctrinas pictóricas y técnicas de un cubismo racionalista y místico, acepta todos los descubrimientos de la ciencia moderna, todas las aportaciones de la nueva pintura, sin olvidar que el sentimiento en el terreno constructivo puede ser el medio de llegar a realizaciones sociales de la arquitectura en el área del funcionalismo.

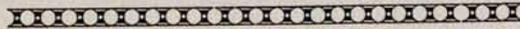
Grandes posibilidades realizadoras han sido ofrecidas por el *mecanismo* alemán de Ludwig Hilberseimer, por su valor de las grandes divisiones y porque traspone, para los fines arquitectónicos y urbanísticos del funcionalismo más intransigente, la dinámica futurista y el equilibrio actuante del elementarismo a un plano estructural preciso y definido en las realidades evocadoras de conjuntos edilicios de importancia primordial. En tanto que el *racionalismo* italiano enseña cómo, basándose en los métodos de la arquitectura efectuados sobre formas de trabajo distintas a las actualmente en uso, se puede llegar lógicamente al funcionalismo por la inversión del orden estético y de la armazón del edificio, por el empleo de nuevos órganos constructivos, de nuevas técnicas y por la adopción de materiales modernos que respondan a las nuevas exigencias de la arquitectura.

La *casa funcional* se basa también en temas exactos como los de la máquina, según el *asociacionismo* polonés de Szymon Syrkus. Grupo particular—exento de hibridismo y de eclecticismo—de ideas, de teorías variadas, de expresiones de arte, de costumbres técnicas que confiere al cubismo, al futurismo, al surrealismo, al dadaísmo, por ejemplo, la posibilidad de encontrar en el terreno de la asociación intelectual el medio de fundir en un todo homogéneo, significativo y realizador, una tendencia estética y otra constructiva bajo una forma colectivista muy acentuada. Relaciones e informes contradictorios, opuestos, que se complementan recíprocamente en obras nuevas, más vivas y menos intransigentes que las de las tendencias cuya asociación reunía los requisitos reconocidos antes como primordiales y universales.

Igualmente, el *constructivismo* ruso de Alejandro Vesnine, Vladimiro Tatlin, Gabo y Ladowski, aun cuando ligado a una revolución pictórica y escultural, hace de la arquitectura un arte constructivo sometido sin condiciones a la necesidad de utilizar los materiales más ácordes con los principios rigurosos de la industrialización y de la normalización del arte edilicio. Como

LEED Y PROPAGAD

EL SOCIALISTA



el *neoplasticismo* holandés de G. Rietveld, nacido de una evaluación lógica de los postulados de la pintura moderna, también ve el mundo arquitectural a través del prisma de la técnica. Ninguna ilusión de perspectiva o de ilustración, sino una investigación constante de probar arquitectónicamente que no pueden nunca determinarse los límites entre las matemáticas y el arte, entre un objeto de arte y una invención técnica.

Estas teorías del constructivismo y del neoplasticismo nos conducen en línea recta hacia el *abstractivismo* suizo de Hannes Meyer, sobre el que es evidente la influencia estética del pintor ruso Wassili Kandinsky. La arquitectura abstractivista es, en sus líneas y en sus formas más típicas, una exaltación solemne de la estética de la máquina. Está unida al funcionalismo actual por cuanto considera que nuestra época es la de los análisis, el resultado de una síntesis de todos los sistemas

constructivos encontrados hasta nuestros días. Y aquí recoge la teoría de Kandinsky, que admite que los numerosos siglos de cultura que han transcurrido nos han aportado múltiples signos de cuál debe ser la línea de demarcación artística. Los abstractivistas reconocen las imperfecciones que conducen a la división y a la contradicción. E incluso puede ser que no tomen más que los propósitos contradictorios para fundar sobre ellos su sistema constructivo de la unidad estética y técnica.

El ascetismo abstractivista se halla evidentemente muy lejos del *ultraísmo* español de José Luis Sert, de Fernando García Mercadal y de José Manuel de Aizpurúa. Sin embargo, como el futurismo dinámico de Antonio Santa Elia, aun cuando niega la belleza eterna, la anécdota decorativa, y prueba científicamente que el reflejo de la belleza desaparece, se halla cerca de nuestro funcionalismo y del de Walter Gropius, a causa de una gran voluntad ardiente de reducir el lirismo arquitectural a su elemento primordial y llegar, sin retórica, a los conjuntos constructivos del estado puro.

ALBERTO SARTORIUS

Arquitecto suizo.

VAQUERIA MODERNA

DE

Pedro Revuelta y hermano

Establo higiénico:

ROMERO ROBLEDOS, núm. 9

Despacho:

PLAZA DE LA MONCLOA, 2 (esquina a Fernando el Católico)

TELÉFONO 34771

MADRID

Leche pura de vacas
a 0,80 litro

Se sirve a domicilio
desde un litro en
adelante

Especialidad para
niños y enfermos

Se garantiza la pu-
reza